XLIV PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

Carlos Erviti

EL PULSO DE LAS ESTRELLAS

FUNDACIÓN JOSÉ MANUEL LARA

Ayuntamiento de
VILLANUEVA DE LA SERENA

DIPUTACIÓN
DE BADAJOZ

JUNTA DE EXTREMADURA

Esta novela fue galardonada con el XLIV Premio Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Jesús Carrasco, María Isabel Pino Tejada, Paqui Chaves Pérez, Liliana González Gugelmeier, Lucía Rodríguez, José Luis Bernal Salgado, Isabel María Pérez González e Ignacio F. Garmendia

Primera edición: abril, 2025

© Carlos Erviti, 2025
© Fundación José Manuel Lara, 2025
Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia
Maquetación y diseño: Manuel Rosal
Fotografía de cubierta: Anna Anikina. Shutterstock

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 163-2025
ISBN: 978-84-19132-54-3

Printed in Spain–Impreso en España

Para Eva y Mercedes: sal y luz.

La sociedad se parece a una bóveda que se desplomaría si unas piedras no sujetaran a otras, y solo se sostiene por el apoyo mutuo.

Séneca, *Epístolas a Lucilio*

1
EL CEMENTERIO

Los días de luna llena me gusta subir por el camino que lleva a la sierra y, desde la altura, junto al muro del cementerio, mirar el pueblo a mis pies, envuelto en una luz blanca de luna, en esa bruma lechosa que parece flotar y apenas deja perfilarse las formas de las fachadas y los tejados en el fondo azul marino de la noche. Cada vez que subo a esta atalaya, donde ahora estoy sentado observando las luces del pueblo, la abuela sale a recibirme: abre la verja entre un chirrido de bisagras oxidadas –reconozco su olor a lejía, el de siempre– y me invita a pasar. Así comparto su compañía y la de otros difuntos, algunas tardes del verano, cuando la luz se va apagando suavemente como el final de una canción.

Entré por primera vez en el cementerio de Achar de Lóquiz para el entierro de la abuela Javiera, la madre de mamá. Lo recuerdo bien: tenía entonces catorce años. La campana que había anunciado su muerte el día anterior reverberaba todavía en mi interior con un tañer espaciado, sobrio, pesado como el bronce, que parecía llamarnos a interrumpir la actividad, acallar los sonidos y hacernos recordar nuestra finitud. El aire quedó impregnado de recogimiento. A lo largo del día se me hizo presente a cada momento la imagen de la abuela Javiera junto a la cristalera del balcón, tejiendo

calcetines azul marino al calor del brasero de la mesa camilla, con su rostro áspero, acanalado y duro como un terreno baldío, la sonrisa perpetua que forzaba su dentadura postiza, y una barbilla cuadrada, hombruna, con pelos negros y robustos que, cuando me besaba, pinchaban como escarpias. Allí, de pie junto a la tumba, a las seis de la tarde tras el funeral, con las últimas horas de la luz de octubre, mientras descendían el ataúd tensando las sogas a cuatro manos, e intercambiaban instrucciones los unos con los otros, ajenos al recogimiento, sentí por un instante que la abuela se había zafado de su cuerpo inerte y me pareció ver su figura desvanecerse como una sombra por entre los cipreses, ataviada con su habitual vestimenta negra, su moño canoso y tirante, como queriendo apartarse de aquella comitiva de vivos y observar su entierro discretamente desde la intimidad. Tan pronto como la tumba quedó sellada por las losas y se rezó el responso final, unos se volvieron hacia los otros, la comitiva empezó a dispersarse e inició el descenso al pueblo entre un murmullo creciente de conversaciones cruzadas. Apenas quedaba luz. Yo quise quedarme y recorrer aquel lugar nuevo para mí antes de regresar. Caminé entre las lápidas, los panteones y los cipreses con urgencia, leyendo los apellidos de las familias, determinando si me resultaban conocidas o no, si sus vidas habían sido largas o cortas, ricas o pobres, mientras miraba de reojo el portón abierto de la entrada. Entonces oí su voz, imperceptible al principio. Sentí que la abuela me llamaba por mi nombre; lo pude escuchar en mi interior, resonando en mi caja torácica junto al latido del corazón. «Daniel, no tengas miedo –dijo–, soy yo: la abuela. Aquí estaré para cuando quieras venir a estar conmigo».

Eso ocurrió hace ya veintisiete años. A partir de entonces no he dejado de visitarla.

Desde el cementerio me gusta contemplar el pueblo arropado por las lomas que lo rodean, como si lo guardasen en su regazo, acogiendo las casas una a una y arrullándolas, como cachorros de la misma camada, con el canto de una nana antigua: la nana del bosque, aquella con la que el pueblo nació y fue haciéndose fuerte. Por la noche, al contraluz de la luna, la montaña parece un gigante acostado con la cabeza reclinada sobre sus brazos: un inmenso titán abandonado a un sueño profundo y secular, compartiendo con los ecos lejanos de las entrañas de la tierra su pulso ralentizado: un latir pausado, solemne, que aparenta marcar el ritmo del tiempo y el compás de la vida.

No solo yo contemplo estas vistas únicas. También a Martín Gaveiras, el guardabarrera gallego, le gusta sentarse en el muro del cementerio y observar en las noches estrelladas cómo se mueve el firmamento, verlo girar. Al contraluz, la luna se desliza por el orificio que atraviesa su cabeza y un haz blanquecino, del diámetro de la posta que le perforó el cráneo por la frente, ilumina como una linterna allá donde posa su mirada. Gaveiras murió, según él mismo dice, por una confusión, sin haberle llegado la edad ni haber cometido errores de bulto en la vida. Con frecuencia se lamenta recordando su muerte prematura, tonta, y habla del día en que lo confundieron con un jabalí, entre los bojes tupidos de la sierra, cuando volvía de darse un baño en el torrente. Dos palmos más de altura le hubieran bastado para destacar entre el matorral con forma humana, y dos palmos más le hubieran permitido bailar con las mozas, sin complejos, año tras año en las verbenas de Santiago. No pudo ser. Fuera de las humedades de la tierra, se orea y se entretiene trazando líneas imaginarias de estrella a estrella, hasta dibujar una constelación: Lira,

Sagitario, Pegaso, en verano; Tauro, Perseo, Orión, durante las heladoras noches de invierno.

Martín Gaveiras, observando el firmamento repleto de estrellas, cae en la cuenta de su pequeñez dentro del cosmos, de su finitud. Dice que, al exponerse ante aquella inmensidad de astros, le invade un sentimiento de bienestar, quizá porque puede percibir empequeñecidas sus limitaciones y suavizada la aridez de sus desengaños, quizá también porque puede contemplar los aciertos y repasar en silencio sus destellos de plenitud. Asomado a ese balcón infinito, Gaveiras ordena los pensamientos y atempera el ánimo, como si mirando las estrellas saliese por un instante de sus lindes y pudiese tomar el pulso de lo que fue su vida.

Me habla de los difuntos de la Santa Compaña y recuerda el día en que aparecieron en la profundidad del hayedo. Se los encontró, dice, de sopetón, ya oscurecido, avanzando por la trocha que llevaba a las carboneras que tanto le gustaba visitar. El primero sostenía una gran cruz de madera con la que abría la procesión. A ambos lados, con túnicas grises, los difuntos, encapuchados, portaban faroles proyectando sombras entrecruzadas que oscilaban al ritmo solemne de sus pasos sobre las copas de los árboles y el lecho de hojarasca del camino. No supo huir. Atorado, los vio llegar sin poder apartarse, y quedó anclado al terreno en su sobrecogimiento, enraizado como un árbol más del hayedo. Cuando llegaron a su altura, el portador le entregó la cruz y se adentró en la oscuridad del bosque desapareciendo como una alimaña en su guarida. Aquella noche Martín Gaveiras marchó con la Santa Compaña de un cementerio a otro por las profundidades del bosque, recogiendo difuntos en los pueblos de alrededor: Miralbuena, Lainero, Vilarcollar, Salinas de Baigorri, y cuando amaneció, ya en su casa de

la estación, de nuevo en el mundo de los vivos, supo que la muerte lo estaría esperando próxima y agazapada en algún rincón del camino.

Ahora, aunque dice no saber si aquello fue un sueño, aguarda sobre el muro del cementerio oteando el horizonte, buscando con los ojos entornados en mitad de la noche un reguero de luces que ascienda hacia el cementerio en que descansa y preguntándose, cada amanecer, si no será que se han olvidado de él. Liberado de otras responsabilidades, Martín Gaveiras guía ahora a los difuntos, los asiste en sus necesidades –las pocas que les quedan– y por encima de todo, vela para que aquellos deseos profundos que quedaron en el camino puedan, en último término, ver la luz.

Entrado este último invierno, la abuela Javiera interrumpió nuestra conversación al ver el resplandor del farol de Martín Gaveiras ascender zigzagueando por el camino del cementerio. Desde la atalaya, en medio de la noche estrellada, el firmamento parecía fundirse con el terreno; primero en el horizonte, y luego en sus campos más próximos, en la superficie del río, en los tejados ya oscurecidos. El resplandor del farol, como un cometa extraviado, se fue acercando hacia nosotros. Viendo las sombras, nos percatamos al poco de que Gaveiras subía al cementerio acompañado. A la abuela le vi entornar los ojos con curiosidad, y la imaginé tratando de acompasar su atención con el penduleo del farol, esperando que, en alguno de sus vaivenes, el rostro o la figura del visitante quedasen iluminados. No fue así. Tras las últimas revueltas, cuando por fin aparecieron los dos a nuestra altura, la luz nos deslumbró, y solo al dejar Gaveiras el farol sobre el suelo, pudimos reconocer al difunto que lo acompañaba. Era mi padre.